

Juego y perspectiva en el segundo Wittgenstein

Rafael García Alonso

Un rasgo, quizá no despreciable, de la filosofía y del temperamento de Ludwig Wittgenstein (1889-1951) tal vez sea el comedimiento. Son múltiples los textos que hoy disponemos del filósofo, incluyendo los de carácter personal, pero él sólo se planteó la publicación de dos libros, el *Tractatus Lógico-Philosophicus* y las *Investigaciones Filosóficas*, siendo éstas últimas publicadas póstumamente. Dos de sus renunciadas más conocidas escenifican el carácter del filósofo: su desinterés por disfrutar de los bienes familiares y el desdén por realizar una carrera académica al uso. Tras ellas laten exigencias morales implacables, ejemplificadas de modo sobresaliente en la conocida refutación que en la segunda de las obras citadas hizo de la primera. Ciertamente, pese a esta acerada autocrítica, hay sin duda numerosos elementos de continuidad entre los denominados dos periodos wittgensteinianos fundamentales. Pero, a mi juicio, hay también una ruptura en el modo de hacer filosofía que hoy en día sentimos –incluso en su enojosa conversión en tópico biensonante– como plenamente contemporánea: el paso de la unidad a la pluralidad. El antepenúltimo de los párrafos del *Tractatus* afirma que lo único que puede propiamente decirse son las proposiciones de la ciencia natural; lo cual de paso expulsa de la circulación a la filosofía. En todo el libro hay un intento por mostrar un único esqueleto para la lógica, la realidad y el lenguaje. De ese modo, el propósito es que la teoría dicte su imperio a la realidad –el imperialismo de las ideas, como decía su contemporáneo José Ortega y Gasset (1883-1955)–, lo cual a juicio del denominado segundo Wittgenstein no es sino un caso de dogmatismo (IF, # 131). De modo más concreto, del que exige al lenguaje efectivo la pureza cristalina de la lógica (IF, # 107). La consecuencia del *Tractatus* es que la teoría, y el uso lógico-metafísico del lenguaje, miran por encima del hombro y corrigen al lenguaje cotidiano.

La atención al lenguaje sigue siendo medular en las *Investigaciones* pero en éstas el filósofo toma el papel de un aprendiz que debe ser ca-

paz de indagar en el uso del mismo, pues el lenguaje está bien tal como está. En este libro se ridiculiza con un efectivo símil el intento de corregir el lenguaje cotidiano como el de alguien que pretendiera reparar con los dedos una delicadísima y perfecta tela de araña (IF, # 106). Sin embargo, continúa vigente la tarea de la filosofía como una actividad que debe aclarar malentendidos derivados en buena parte del uso del lenguaje. El comedimiento al que me refería al principio se perfila casi en forma de contradicción. ¿El lenguaje cotidiano está «en orden tal como está» (IF, # 98) o hay que corregir su tendencia a conducirnos a embrollos? Y, por otra parte, ¿la filosofía debe limitarse realmente a describir el uso del lenguaje (IF, # 109 y 124) o debe aclarar filosóficamente nuestros pensamientos, lo cual requiere una explicación de por qué el lenguaje filosófico –al parecer el más inepto de todos los juegos de lenguaje (IF, # 11)–, pero también el ordinario, tienden a meterse en líos insensatos? Wittgenstein parece tener que autocontenerse para no dejarse llevar por la pasión filosófica de corregir sino, por el contrario, a ejercitar la frialdad (*Kühle*) que en 1929 avizoraba como su ideal. No olvidemos, por otra parte, que uno de los adjetivos más habituales en la escritura del filósofo es el de correcto (*richtig*). En mi opinión, Wittgenstein intenta sólo describir, pero inevitablemente pasa a explicar la causa de los errores posibilitando, pues, la consiguiente corrección. No hay un orden único de la lógica, tal como subyacía en el *Tractatus*, sino muchos órdenes –«vielen möglichen Ordnungen; nicht die Ordnung» (I.F, # 132)–; pero a pesar de la corrección básica del lenguaje Wittgenstein señala que resaltará continuamente «distinciones que nuestras formas lingüísticas ordinarias fácilmente dejan pasar por alto» (idem). Así, pues, entre todos los órdenes posibles, ¿hay algunos correctos y otros incorrectos? ¿Cuál es el criterio de corrección para identificar qué usos son correctos? Con todo, una de las continuidades más singulares entre los denominados dos Wittgenstein es el intento por contemplar la realidad *sub specie aeterni*. En esa contemplación, cabe ceñirse a la mera descripción. En el *Tractatus*, adaptando el punto de vista místico como la contemplación del mundo como todo limitado (Tr, # 6.45). En las *Investigaciones*, contemplando la pluralidad, siempre en movimiento, de juegos de lenguaje.

Juegos de lenguaje y perspectivas

Wittgenstein define juego de lenguaje como «el todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido» (IF, # 7). La labor del filósofo consiste en describir tales juegos y su evolución. Señalar

las similitudes y las diferencias que tienen entre sí. Pero, como se advierte al detenerse en la definición citada, no se trata de un planteamiento meramente lingüístico. El lenguaje está asociado a formas de vida (*Lebensform*) de modo que el análisis de las formas de lenguaje invita a realizar una delimitación de sectores de la realidad divisibles de modo casi infinito. La filosofía del segundo Wittgenstein toma una dimensión que podríamos denominar *ontosociolingüística*. Podemos, en efecto, mencionar juegos de lenguaje como el religioso, político, científico, de la vida cotidiana, filosófico, familiar, periodístico, amistoso... que permiten discriminar entre sectores o campos de la realidad inmediatamente ligados al uso del lenguaje empleado por determinados grupos de individuos en tiempos y lugares concretos. Pero, puesto que se trata metafóricamente de un juego, este planteamiento anima también a actuar con tres constantes metodológicas. La primera, consiste en analizar cuáles son las «reglas del juego» de tal o cual campo de la realidad, identificando las reglas definitorias del mismo. Por ejemplo, cuáles son las características fundamentales del juego de lenguaje científico, del filosófico, artístico, etcétera. De esa forma, se podrá atender a un segundo planteamiento: una vez aceptado que los campos de la realidad no son conjuntos estancos sino que se hallan en mutua relación será conveniente analizar: sus similitudes, sus diferencias, sus interferencias. Por ejemplo, convendrá distinguir entre el juego de lenguaje científico y el filosófico. O entre el amistoso y el amoroso. Pero –partiendo de la característicamente moderna convicción de que la realidad no es sustancial y estática, sino relacional y dinámica– la tercera constante metodológica será considerar que los juegos de lenguaje están sujetos a modificaciones en el tiempo que pueden ser estudiadas. Puede, por ejemplo, estudiarse la evolución de los juegos de lenguaje empleados por un determinado grupo social, de mayor o menor amplitud (clase, subclase, confesión política o religiosa, profesional, etc) e incluso de un individuo concreto. Tal grupo juega tales o cuales juegos –político, religioso, cultural, recreativo...– que son más o menos coherentes entre sí¹. Contra lo que pueda parecer, no es baladí decir que se juegan tales juegos mientras se juegan. El doctor Jekyll juega en su consulta el

¹ Este planteamiento wittgensteiniano (que el propio Wittgenstein no enuncia explícitamente) está en mi opinión, en la base de la teoría de Pierre Bourdieu (1930-2002) de los campos de la realidad. También Bourdieu quiere analizar las relaciones –analogías y diferencias– entre determinados campos. Al analizar los estilos de vida de un determinado grupo social, con su coherencia y sus contradicciones, está analizando sus juegos de lenguaje. El planteamiento es también en Bourdieu *ontosociolingüístico*.

juego de lenguaje de la profesión médica y, a renglón seguido, mister Hyde juega en las calles londinenses el juego del asocial depravado. Desde un punto de vista psicológico resulta curioso, pero al mismo tiempo habitual, que los sujetos seamos capaces de pasar con enorme facilidad de unos juegos de lenguaje a otros, incluso si parecen en principio contradictorios como en el caso del dictador asesino que resulta familiarmente cariñoso; o en el del creyente católico convencido al que su amor al prójimo no le impide jalearse o transigir con el asesinato terrorista.

Las tres constantes metodológicas de la teoría de los juegos de lenguaje citadas tienen dos consecuencias importantes. Por una parte, cada juego de lenguaje aporta una determinada perspectiva o punto de vista desde el que se comprende la realidad. En ese sentido, comenta Wittgenstein en 1931, el mérito de Copérnico o de Darwin no fue descubrir una teoría verdadera, sino ofrecer una nueva perspectiva o aspecto para contemplar la realidad. Consecuentemente, por otra parte, para comprender una determinada forma de vida hay que identificar sus características distintivas y sus reglas del juego habituales. Este es un planteamiento wittgensteiniano fructífero si queremos entender desde un punto de vista sociológico o psicológico a un grupo social, a un individuo real o a un personaje de ficción, pues en todos esos casos habrá que aproximarse a su visión de la realidad, regida por los juegos de lenguaje que le son habituales. Por ejemplo, en 1931 Wittgenstein afirmaba que era típico del espíritu judío entender la obra intelectual de otro mejor que el propio autor de la obra. En definitiva, cada juego de lenguaje aporta una cierta perspectiva en la forma de comprender la realidad de tal modo que para entender a un determinado grupo o individuo hay que aproximarse a su interpretación de la realidad². Ahora bien, aunque ambas consecuencias parezcan obvias resulta difícil seguirlas. El riesgo de no hacerlo es malinterpretar la realidad, entenderla de forma falsa o incorrecta. Numerosas observaciones wittgensteinianas inciden en ello, hasta el punto de que, leyéndolas, viene a la mente aquella exageración del sofista Gorgias según la cual las posibilidades de intercambio lingüístico fructífero se acercan a la nada. Profundizan-

² *Estas consecuencias convergen con una de las definiciones que Ortega y Gasset, dio del concepto de perspectiva. Ésta es el orden y la forma que toma la realidad para el que la contempla. En este sentido podría decirse que cada juego de lenguaje da lugar a una perspectiva concreta puesto que ordena y hace ver la realidad de una determinada forma. O, pensando en Friedrich Nietzsche (1844-1900), cada juego de lenguaje supone una interpretación de la realidad.*